



# Influencia de las ideas absolutistas en el socialismo EL IDEARIO DE PROUDHON

Entre los grandes precursores de la idea socialista, Proudhon fué uno de los hombres que mejor comprendieron la importancia histórica del socialismo. Hasta hoy no se ha podido destruir su influencia intelectual sobre el movimiento socialista de los países latinos y es una fuente viva para lograr nuevos estímulos y nuevas posibilidades de desarrollo. Proudhon reconoció, con gran clarividencia, que la obra de la Revolución francesa sólo se había realizado a medias; que la tarea de la «Revolución del siglo XIX» debía ser la continuación de esa obra, llevándola a la perfección, a fin de conducir a nuevos caminos el desarrollo social de Europa, ya que la trayectoria de la Gran Revolución se agotó en el momento en que puso fin a la tutela monárquica allanando el camino para que los pueblos pudiesen tomar en sus propios manos su destino social, después de haber estado durante siglos sirviendo al absolutismo de los príncipes cual rebaño sin voluntad, asegurando la existencia de éstos por medio de su trabajo.

Ahi residía la gran tarea de la época, tarea que Proudhon reconoció más claramente que la mayoría de sus contemporáneos. Ciertamente que la Gran Revolución había eliminado a la monarquía como institución social y política, pero no logró eliminar, junto con la monarquía, la «idea monárquica», como decía Proudhon, la cual despertó a una nueva vida debido a la centralización política del jacobinismo y a la ideología del Estado nacional unitario. Esa herencia nefasta que nos ha quedado de tiempos pasados, se expresa hoy nuevamente en el llamado «principio del caudillo» del Estado totalitario; pero no es sino una nueva forma de la antigua «idea monárquica».

Proudhon advirtió claramente que el absolutismo, ese eterno principio de tutela para un fin querido por Dios, cerrado a toda objeción humana, era lo que mayores trabas ponía a los hombres en sus aspiraciones de alcanzar formas más elevadas de existencia social. Para él, el socialismo no significaba tan sólo un problema de economía, sino también una cuestión cultural, que abarcaba todos los dominios de la actividad humana. Proudhon sabía que no era posible eliminar las tradiciones autoritarias de la monarquía tan sólo en un terreno, conservándolas en todos los demás, a no ser que se quisiera entregar la causa de la liberación social a un nuevo despotismo. Para él, la explotación económica, la opresión política y la servidumbre intelectual no significaban sino diferentes fenómenos producidos por una misma causa. Proudhon veía en la monarquía el símbolo de toda esclavitud humana. Para él, no era tan sólo una organización política sino un estado social el que producía determinadas consecuencias inevitables, tanto espirituales como psicológicas, que se advertían igualmente en todos los terrenos de la vida social. En este sentido, llamaba al capitalismo la «monarquía de la economía», pues convierte al trabajador en tributario del capital, del mismo modo que la sociedad rinde tributo al Estado y el espíritu a la Iglesia.

En realidad, Proudhon fué un espíritu de todos los tiempos. Precisamente el que más decidida e insistentemente se opuso a la creencia en una panacea universal que curaba todos los vicios sociales. Sabía que la tarea reservada al socialismo no era en modo alguno un nudo gordiano que podría ser desatado mediante un golpe de espada. Precisamente por eso no tenía confianza alguna en los llamados remedios universales, mediante los cuales, según muchos pensaban, podría lograrse, con un sólo golpe, la transformación general de todas las instituciones sociales. Su crítica aguda y convincente de las tendencias socialistas de su época nos proporciona una impresionante prueba de ese alegato. Proudhon era un hombre que no tenía metas fijas, pues se daba cuenta perfectamente de que la verdadera naturaleza de la sociedad debía natsurarse en el eterno cambio de sus formas, y que la serviríamos tanto mejor cuanto más reducidas sean las barreras artificialmente levantadas y cuanto más firme y consciente sea la participación que los hombres tomen en esos cambios. En ese sentido, dijo Proudhon en cierta ocasión, que a la sociedad se parece a un aparato de relojería, que lleva dentro de sí su propio impulso pendular, sin necesidad de ninguna ayuda ajena para permanecer en movimiento. La liberación social significaba, para él, un camino y no una meta, ya que compartía la opinión de Ibsen que dijo: «Quien posee la libertad de otro modo a como aspira, la posee muerta y sin espíritu, porque el concepto de libertad tiene irremediablemente la propiedad de ir ampliándose constantemente mientras vamos apoderándonos de ella. Por tanto, si sucede que uno se detiene en medio de la lucha, diciendo: ahora es mía, demuestra por eso mismo que ya la ha perdido.»

Partiendo de ese punto de vista, hay que valorar también las tentativas prácticas de Proudhon. Estos intentos se derivaban de las circunstancias de la época, y sólo pueden ser explicados y comprendidos en relación con la misma. Como sucede con todo pensador cuya actividad pertenece al pasado, también existen en la obra de Proudhon aspectos que han sido superados por el tiempo, quedando sin embargo intacta la importancia creadora de su obra. Incluso nos parece sorprendente cuánto sigue siendo vivo, alcanzando nuevo significado precisamente en relación con la actual situación mundial.

Proudhon, que comprendió la esencia del Estado mejor que la mayoría de sus contemporáneos socialistas, no se hacía ilusiones en cuanto a las consecuencias inevitables de todas las tendencias absolutistas, cualesquiera que fuesen las formas en que éstas pudiesen aparecer y cualquiera que fuese el grupo que las estimulase. Por tanto, también se daba cuenta clara del carácter verdadero de todos los partidos políticos, y estaba convencido firmemente que no podría salir de ellos ningún trabajo creador para una auténtica transformación social. Por eso advertía a los socialistas, extraviados en la vía de las tendencias absolutistas tratando de explicarles que, tan pronto como el socialismo llegara a gobernar, terminaría su papel y quedaría entregado irremediablemente a la reacción. «Todos los partidos políticos, sin excepción alguna — decía Proudhon — en tanto aspiren al poder público, no son sino formas particulares del absolutismo. No habrá libertad para los ciudadanos; ni habrá orden en la sociedad; ni unidad entre los trabajadores, mientras que en nuestro catecismo político, no figure la renuncia absoluta a la autoridad, armazón de todo tutelaje».

En la actualidad, Proudhon fué un espíritu de todos los tiempos. Precisamente el que más decidida e insistentemente se opuso a la creencia en una panacea universal que curaba todos los vicios sociales. Sabía que la tarea reservada al socialismo no era en modo alguno un nudo gordiano que podría ser desatado mediante un golpe de espada. Precisamente por eso no tenía confianza alguna en los llamados remedios universales, mediante los cuales, según muchos pensaban, podría lograrse, con un sólo golpe, la transformación general de todas las instituciones sociales. Su crítica aguda y convincente de las tendencias socialistas de su época nos proporciona una impresionante prueba de ese alegato. Proudhon era un hombre que no tenía metas fijas, pues se daba cuenta perfectamente de que la verdadera naturaleza de la sociedad debía natsurarse en el eterno cambio de sus formas, y que la serviríamos tanto mejor cuanto más reducidas sean las barreras artificialmente levantadas y cuanto más firme y consciente sea la participación que los hombres tomen en esos cambios. En ese sentido, dijo Proudhon en cierta ocasión, que a la sociedad se parece a un aparato de relojería, que lleva dentro de sí su propio impulso pendular, sin necesidad de ninguna ayuda ajena para permanecer en movimiento. La liberación social significaba, para él, un camino y no una meta, ya que compartía la opinión de Ibsen que dijo: «Quien posee la libertad de otro modo a como aspira, la posee muerta y sin espíritu, porque el concepto de libertad tiene irremediablemente la propiedad de ir ampliándose constantemente mientras vamos apoderándonos de ella. Por tanto, si sucede que uno se detiene en medio de la lucha, diciendo: ahora es mía, demuestra por eso mismo que ya la ha perdido.»

que podría ser desatado mediante un golpe de espada. Precisamente por eso no tenía confianza alguna en los llamados remedios universales, mediante los cuales, según muchos pensaban, podría lograrse, con un sólo golpe, la transformación general de todas las instituciones sociales. Su crítica aguda y convincente de las tendencias socialistas de su época nos proporciona una impresionante prueba de ese alegato. Proudhon era un hombre que no tenía metas fijas, pues se daba cuenta perfectamente de que la verdadera naturaleza de la sociedad debía natsurarse en el eterno cambio de sus formas, y que la serviríamos tanto mejor cuanto más reducidas sean las barreras artificialmente levantadas y cuanto más firme y consciente sea la participación que los hombres tomen en esos cambios. En ese sentido, dijo Proudhon en cierta ocasión, que a la sociedad se parece a un aparato de relojería, que lleva dentro de sí su propio impulso pendular, sin necesidad de ninguna ayuda ajena para permanecer en movimiento. La liberación social significaba, para él, un camino y no una meta, ya que compartía la opinión de Ibsen que dijo: «Quien posee la libertad de otro modo a como aspira, la posee muerta y sin espíritu, porque el concepto de libertad tiene irremediablemente la propiedad de ir ampliándose constantemente mientras vamos apoderándonos de ella. Por tanto, si sucede que uno se detiene en medio de la lucha, diciendo: ahora es mía, demuestra por eso mismo que ya la ha perdido.»

Partiendo de ese punto de vista, hay que valorar también las tentativas prácticas de Proudhon. Estos intentos se derivaban de las circunstancias de la época, y sólo pueden ser explicados y comprendidos en relación con la misma. Como sucede con todo pensador cuya actividad pertenece al pasado, también existen en la obra de Proudhon aspectos que han sido superados por el tiempo, quedando sin embargo intacta la importancia creadora de su obra. Incluso nos parece sorprendente cuánto sigue siendo vivo, alcanzando nuevo significado precisamente en relación con la actual situación mundial.

Proudhon, que comprendió la esencia del Estado mejor que la mayoría de sus contemporáneos socialistas, no se hacía ilusiones en cuanto a las consecuencias inevitables de todas las tendencias absolutistas, cualesquiera que fuesen las formas en que éstas pudiesen aparecer y cualquiera que fuese el grupo que las estimulase. Por tanto, también se daba cuenta clara del carácter verdadero de todos los partidos políticos, y estaba convencido firmemente que no podría salir de ellos ningún trabajo creador para una auténtica transformación social. Por eso advertía a los socialistas, extraviados en la vía de las tendencias absolutistas tratando de explicarles que, tan pronto como el socialismo llegara a gobernar, terminaría su papel y quedaría entregado irremediablemente a la reacción. «Todos los partidos políticos, sin excepción alguna — decía Proudhon — en tanto aspiren al poder público, no son sino formas particulares del absolutismo. No habrá libertad para los ciudadanos; ni habrá orden en la sociedad; ni unidad entre los trabajadores, mientras que en nuestro catecismo político, no figure la renuncia absoluta a la autoridad, armazón de todo tutelaje».

En realidad, Proudhon fué un espíritu de todos los tiempos. Precisamente el que más decidida e insistentemente se opuso a la creencia en una panacea universal que curaba todos los vicios sociales. Sabía que la tarea reservada al socialismo no era en modo alguno un nudo gordiano que podría ser desatado mediante un golpe de espada. Precisamente por eso no tenía confianza alguna en los llamados remedios universales, mediante los cuales, según muchos pensaban, podría lograrse, con un sólo golpe, la transformación general de todas las instituciones sociales. Su crítica aguda y convincente de las tendencias socialistas de su época nos proporciona una impresionante prueba de ese alegato. Proudhon era un hombre que no tenía metas fijas, pues se daba cuenta perfectamente de que la verdadera naturaleza de la sociedad debía natsurarse en el eterno cambio de sus formas, y que la serviríamos tanto mejor cuanto más reducidas sean las barreras artificialmente levantadas y cuanto más firme y consciente sea la participación que los hombres tomen en esos cambios. En ese sentido, dijo Proudhon en cierta ocasión, que a la sociedad se parece a un aparato de relojería, que lleva dentro de sí su propio impulso pendular, sin necesidad de ninguna ayuda ajena para permanecer en movimiento. La liberación social significaba, para él, un camino y no una meta, ya que compartía la opinión de Ibsen que dijo: «Quien posee la libertad de otro modo a como aspira, la posee muerta y sin espíritu, porque el concepto de libertad tiene irremediablemente la propiedad de ir ampliándose constantemente mientras vamos apoderándonos de ella. Por tanto, si sucede que uno se detiene en medio de la lucha, diciendo: ahora es mía, demuestra por eso mismo que ya la ha perdido.»

Partiendo de ese punto de vista, hay que valorar también las tentativas prácticas de Proudhon. Estos intentos se derivaban de las circunstancias de la época, y sólo pueden ser explicados y comprendidos en relación con la misma. Como sucede con todo pensador cuya actividad pertenece al pasado, también existen en la obra de Proudhon aspectos que han sido superados por el tiempo, quedando sin embargo intacta la importancia creadora de su obra. Incluso nos parece sorprendente cuánto sigue siendo vivo, alcanzando nuevo significado precisamente en relación con la actual situación mundial.

Proudhon, que comprendió la esencia del Estado mejor que la mayoría de sus contemporáneos socialistas, no se hacía ilusiones en cuanto a las consecuencias inevitables de todas las tendencias absolutistas, cualesquiera que fuesen las formas en que éstas pudiesen aparecer y cualquiera que fuese el grupo que las estimulase. Por tanto, también se daba cuenta clara del carácter verdadero de todos los partidos políticos, y estaba convencido firmemente que no podría salir de ellos ningún trabajo creador para una auténtica transformación social. Por eso advertía a los socialistas, extraviados en la vía de las tendencias absolutistas tratando de explicarles que, tan pronto como el socialismo llegara a gobernar, terminaría su papel y quedaría entregado irremediablemente a la reacción. «Todos los partidos políticos, sin excepción alguna — decía Proudhon — en tanto aspiren al poder público, no son sino formas particulares del absolutismo. No habrá libertad para los ciudadanos; ni habrá orden en la sociedad; ni unidad entre los trabajadores, mientras que en nuestro catecismo político, no figure la renuncia absoluta a la autoridad, armazón de todo tutelaje».

En realidad, Proudhon fué un espíritu de todos los tiempos. Precisamente el que más decidida e insistentemente se opuso a la creencia en una panacea universal que curaba todos los vicios sociales. Sabía que la tarea reservada al socialismo no era en modo alguno un nudo gordiano que podría ser desatado mediante un golpe de espada. Precisamente por eso no tenía confianza alguna en los llamados remedios universales, mediante los cuales, según muchos pensaban, podría lograrse, con un sólo golpe, la transformación general de todas las instituciones sociales. Su crítica aguda y convincente de las tendencias socialistas de su época nos proporciona una impresionante prueba de ese alegato. Proudhon era un hombre que no tenía metas fijas, pues se daba cuenta perfectamente de que la verdadera naturaleza de la sociedad debía natsurarse en el eterno cambio de sus formas, y que la serviríamos tanto mejor cuanto más reducidas sean las barreras artificialmente levantadas y cuanto más firme y consciente sea la participación que los hombres tomen en esos cambios. En ese sentido, dijo Proudhon en cierta ocasión, que a la sociedad se parece a un aparato de relojería, que lleva dentro de sí su propio impulso pendular, sin necesidad de ninguna ayuda ajena para permanecer en movimiento. La liberación social significaba, para él, un camino y no una meta, ya que compartía la opinión de Ibsen que dijo: «Quien posee la libertad de otro modo a como aspira, la posee muerta y sin espíritu, porque el concepto de libertad tiene irremediablemente la propiedad de ir ampliándose constantemente mientras vamos apoderándonos de ella. Por tanto, si sucede que uno se detiene en medio de la lucha, diciendo: ahora es mía, demuestra por eso mismo que ya la ha perdido.»

yan despreciado sus advertencias, y que su palabra se haya perdido en medio del estruendo de las pasiones de los partidos políticos. Todo el desarrollo económico, político y social, sobre todo después de la guerra franco-alemana de 1870-71, nos muestra con claridad aterradora cuanto razón tuvo Proudhon en su juicio sobre la situación general. Precisamente hoy, cuando con velas desplegadas nos dirigimos hacia un nuevo período de absolutismo político y social; en un momento, en que el moderno capitalismo contraluzado pisotea, hasta dar muerte, con brutal desprecio de toda consideración humana, los últimos restos de independencia económica, y cuando las pretensiones dictatoriales son más intensas, revela claramente toda la inopia intelectual de nuestra época; precisamente hoy se manifiesta en todo su alcance, la importancia histórica de la obra de Proudhon.

Sobre todo revela que la liberación social no constituye tan sólo un problema económico. La «Gleichschaltung» (1), el ajuste perfecto de las fuerzas económicas, no ofrece garantía alguna para la liberación auténtica y total de la humanidad. Incluso, bajo ciertas circunstancias, produce el efecto de una esclavización mucho mayor que la que hemos conocido hasta hoy. La ceguera de tantos socialistas en que la estafitación de la economía pudiera resolver la cuestión social, se basa en una concepción totalmente errónea de la tarea que incumbe al socialismo. Los acontecimientos económicos en los llamados Estados totalitarios, y especialmente el ejemplo instructivo que nos dio la «dictadura del proletariado» en Rusia, nos han mostrado con harta claridad que la estafitación de la vida económica marcha paralelamente a una total negación de todos los derechos y libertades personales; y que ha de ser así fatalmente, ya que la estafitación de la economía ayuda a subir al poder a una jerarquía burocrática, cuya influencia, en tanto que clase dominante, no resulta menos nefasta para el pueblo trabajador que el papel que desempeñan las clases poseedoras en los Estados capitalistas e incluso lo supera aún en cuanto a sus consecuencias espirituales, físicas y morales. La igualdad económica que reina en las prisiones o en los cuarteles no constituye ciertamente ningún modelo adecuado para la cultura social más elevada del futuro. También en ese aspecto Proudhon se muestra como profeta, pues predijo que la unión del socialismo con el absolutismo habría de conducir a la mayor tiranía de todos los tiempos.

(1) La fea palabreja nazí actual, apertada del advenimiento Reich, en boca de los libalistas y socialistas. En semejantes palabreas se refleja, a menudo, todo de pensar.

Un libro de Foix

(Viene de la página 1) Su bella semblanza biográfica en su interés patético cuando de justificar lo injustificable, excedieron el proceso psicológico habido en Istrati para que se dejara hacer comunista y más tarde le hicieran pasar por fascista. Errores tremendos, imperdonables, que hubieran bastado para entrar con el autor su obra, de no haber contado con intérpretes de la talla de Pedro Foix, el amigo fiel del Istrati errante, que también gusta bucear en la entraña del pecado, hasta encontrar la virtud inmaculada que perdura cualquiera una angustia palpita. Se echan de menos, en esta segunda embestida dictatorial, autores e intérpretes cual Istrati y Foix; mas, no porque se adolezca de hombres y obras a divulgar; sino de ambiente propio. Se echa de menos el clima moral, de encendidos entusiasmos, que preludio el advenimiento de la República y será prudente convertir que, sin el calor de entonces, ningún ideal noble fructificará en España. Así, pues, para remontar la crisis hay que aventar de nuestros círculos la caduca mediocridad, el pesimismo castrador, la esterilidad crítica, la apostasía hipócrita. Para que renazca la fe hay que ir rectos en busca del hombre; cuanto más humilde, más humano y puro, más digno y prometedor. Estas y otras conclusiones, se deducen de la obra de Foix, explicándonos la vida de Istrati, a quien no pudo vencer la miseria ni la traición; sino, la adulación y la gloria. J. GONZÁLEZ MALO

Un libro de Foix

(Viene de la página 1) Su bella semblanza biográfica en su interés patético cuando de justificar lo injustificable, excedieron el proceso psicológico habido en Istrati para que se dejara hacer comunista y más tarde le hicieran pasar por fascista. Errores tremendos, imperdonables, que hubieran bastado para entrar con el autor su obra, de no haber contado con intérpretes de la talla de Pedro Foix, el amigo fiel del Istrati errante, que también gusta bucear en la entraña del pecado, hasta encontrar la virtud inmaculada que perdura cualquiera una angustia palpita. Se echan de menos, en esta segunda embestida dictatorial, autores e intérpretes cual Istrati y Foix; mas, no porque se adolezca de hombres y obras a divulgar; sino de ambiente propio. Se echa de menos el clima moral, de encendidos entusiasmos, que preludio el advenimiento de la República y será prudente convertir que, sin el calor de entonces, ningún ideal noble fructificará en España. Así, pues, para remontar la crisis hay que aventar de nuestros círculos la caduca mediocridad, el pesimismo castrador, la esterilidad crítica, la apostasía hipócrita. Para que renazca la fe hay que ir rectos en busca del hombre; cuanto más humilde, más humano y puro, más digno y prometedor. Estas y otras conclusiones, se deducen de la obra de Foix, explicándonos la vida de Istrati, a quien no pudo vencer la miseria ni la traición; sino, la adulación y la gloria. J. GONZÁLEZ MALO

FEDERACION LOCAL DE BURDEOS

Se comunica a todos los compañeros que esta Federación Local celebrará Asamblea General el domingo, día 29 del corriente, a las diez de la mañana, en el local de Cours Victor-Hugo, n.º 52. Por el interés de los asuntos a tratar, se ruega a los compañeros la máxima puntualidad en la asistencia. — Por la F. Local: EL SECRETARIO.

Journal imprimé sur les presses de la SOCIÉTÉ GÉNÉRALE D'IMPRESION (Coopérative Ouvrière de Production) Ateliers 51 rue des Amisoulers Tél. 3 CAPITOLE 89-73 — TOULOUSE

# DESEMPOLVANDO RECUERDOS

Las relaciones de U. G. T. y C. N. T.

Por Luis MONTOLIU

QUIEN afirma que las relaciones de la U.G.T. y C.N.T. no fueron muy cordiales, hasta cierto punto tenía razón. Sin embargo, nadie ya aspira a que se le fe sobre la sinceridad empleada en la lucha común y en el sacrificio. Es Asturias, 1934 y a veces en fechas anteriores, quien diere ejemplo de esa unidad. Muchos son los hombres de la C.N.T. a quienes hemos consultado si la U.G.T. y C.N.T. en caso de necesidad formarían en un mismo problema de unidad. La contestación no se hacía esperar, ya que todos los consultados, asturianos en especial, respondían de acuerdo a lo que ellos habían observado en varias ocasiones. Comprendemos como la geografía influye a distancia y hasta esa distancia enfría el metodismo político de los sistemas a aplicar.

## La homogeneidad

(Viene de la página 4)

La Federación de la Industria Ferroviaria estuvo alejada del Sindicato Ferroviario más que por un problema profesional, base de toda relación inicial en lo social, por haberse dado la medida de discrepancia en lo político y, consecuentemente, la táctica empleada en los órganos tripodes (patronal, representativo del gobierno y representación obrera). La misma separación que señalara el manifiesto marxista seguía, para ruptura de ambas Centrales Sindicales, en la misma pendiente de separación obligada. Dos tácticas, dos interpretaciones: la evolutiva y la revolucionaria. La oficialista y la directa. No obstante llegada la hora de poner frente al levantamiento militar, los que nada queríamos con el oficialismo, pasamos a servirle con la misma humildad que lo hicieron los acariciadores del Estado.

## Aires de América

(Viene de la página 4)

La patronal es parte de la Empresa y se dejan llevar por la Dirección técnica, que es independiente de la financiera. Dos cuerpos se dibujan en las empresas anónimas: la que queremos vencer como capitalista y la otra, la más cercana a la explotación de nuestra fatiga: la técnica.

## Carta de Valencia

(Viene de la página 4)

Las medidas oficiales que se van tomando para tratar de rehacer el perdido son al estilo suyo. Política, declaraciones, rimbombancia. Pero los hechos reales y concretos no los hay. Por ejemplo, la Comisión de Seguros Catastróficos, que se dice tiene un volumen de 100.000 millones de pesetas ha venido aquí a cicatear, a hacer negocio, pero no a aplicar unas medidas justas y capaces de rehacer el ritmo de trabajo y producción. La crisis general Franco que se esperaba como portadora de medidas para reanimarse el tanto político, ha constituido una tremenda desilusión para quienes, amigos suyos, así lo pregonaban. Ha venido a Valencia solamente a dejarse ver, a deshacer, personalmente, algún enredo habido entre la autoridad civil de Valencia y la militar de la región — no en balsa se dice que dicha autoridad fué el que visitó al Capitán General de Cataluña antes de su extraña muerte —. En una palabra, ha venido a hacer punto de campanario, de la barata. Os transcribo aquí el pensamiento de gran parte de los obreros, que tienen bienes, que viven bien.

Valencia es una ciudad muerta, donde la risa ha muerto ahogada por el barro. Esto fué jardín; tardará en serlo y en alcanzar ese aire de independencia que siempre tuvo. Barro queda, al menos para un par de meses. Consecuencias, para diez años. Y al lado de ello, una vez más, han demostrado las autoridades su falta de altura para captar exactamente la situación. Porque la verdad es que toda España ha vibrado junto a Valencia. Las ciudades que amigos míos han visitado, Madrid, Bilbao, Barcelona, Vigo, etc., existe la mejor disposición por parte de todos, incluso legados de los obreros a ofrecer durante un año medio día de jornal semanal a los administradores. Conozco una importante empresa que ha constituido una junta de entre sus trabajadores no-afectados por la inundación propuesta a su disposición una buena suma de pesetas para que, ellos, compraran las necesidades de cada familia y su número les den con qué empaparse rehacer su hogar, su ropa, etc.

El gesto de los murcianos tiene suspensos a los valencianos por su espíritu de humanidad. Y habréis leído cómo el Arzobispo lo ha expresado con su publicidad y la de la Iglesia.

Estoy convencido que no existe pasión en cuanto he escrito. Si no me así, me habría mal haber perdido la objetividad para juzgar un momento en el que nada tiene que ver la política y la situación angustiosa del momento. Resumiendo, sólo debo deciros que esta catástrofe ha servido para demostrar de manifiesto los verdaderos sentimientos de nuestro pueblo. Los que, mientras que parecían muertos, pero que sólo estaban dormidos por los ojos de los trabajadores, realizado, uno y otra vez, por sus propios patrones y directores de empresas, es alentador. La solidaridad de España — el mundo — es alocacionaria.

No sé qué deciros más ahora. Acaso las ideas me cayan encima y sea capaz de transcribirlos al papel. Cuando he visto esto, y lo he escrito, me he sentido como un hombre que me he venido a la mente. ¿No queréis que, cuando he visto esto, y lo he escrito, me he sentido como un hombre que me he venido a la mente. ¿No queréis que, cuando he visto esto, y lo he escrito, me he sentido como un hombre que me he venido a la mente.

Una troma del destino, se ven menos cada vez!

Un abrazo de

EL SECRETARIADO.

Por el Sub-Comité Regional de Andalucía.



